

¿Hay muertos que tienen SILENCIO?



Carlota Frisón Fernández

Doctora en Artes Escénicas por la Universidad Autónoma de Barcelona. Directora cinematográfica.

Vir tiene todo su quehacer. Nacemos y no paramos. Constantemente estamos edificando, inventando el cómo vivir y cómo convivir. En esas, a veces enmarañamos relaciones, provocamos violencias desastrosas, gozamos con posturas corporales o coloreamos palmeras dibujadas en papel pinocho. Siempre haciendo, y accionando todas nuestras posibilidades hacemos el lenguaje, hacemos una imagen, hacemos el silencio, hacemos una silla... Cuando fenecemos morirá nuestro tiempo en humanos. Es entonces cuando se acabó el invento, la actividad, la faena permanente en la que estaba ese hombre o esa mujer.

Ante un cadáver suele afirmarse que “se encuentra en silencio”. ¿Qué significa que un muerto esté en silencio? ¿No está muerto? ¿Aún se encuentra en el mundo de los haceres? Silencio y muerte son dos palabras que hemos relacionado como parejas, pero siento muy poca simpatía por esta correlación. Entrelazarlas implica un tropel de creencias trascendentes que, siendo estas muy comunes entre nosotros, me inclino por entender que es una invención bastante inapropiada. De la afirmación “el muerto está en silencio” se deduce que el fallecido entra en un supuesto mundo donde ese cuerpo no solo se encuentra en un lugar, sino que acciona, allí donde se encuentre, el hacer del silencio.

Si, como aquí se plantea, el silencio es una invención que para ser activada necesita indefectiblemente de una persona viva, precisamente viva, el muerto no podrá decir ni que está en silencio, ni que practica el silencio, ni que ejerce el silencio. Las peculiaridades en el accionar el silencio en un contexto u otro serán particulares según cada tradición, pero en todas ellas son los cuerpos vivos los que sí darán presencia al silencio.

Ahora bien, el humano que se experimenta así mismo constantemente merced a la imaginación, inventó un mecanismo tecnológico, la cámara cinematográfica, para repensar a través de ella. Es entonces cuando los directores y las directoras crean un nuevo imaginario a través del campo visual en movimiento y la voz de un muerto adquirirá una presencia inusitada. La voz del fenecido, en forma de narrador, conquistará una fisicidad cercana a la de un personaje vivo.

¿Cómo puede un muerto, incapacitado de activarse, decir nada? El cine ha logrado algo im-

pensable: que un muerto relate su historia y su voz trascorra al unísono junto al movimiento de la imagen ante el espectador. ¡El muerto habla! ¿Podrá tener silencio, hacerlo? Sin duda, la voz guardará silencio e incluso, en ocasiones, acallará. La voz del personaje muerto podrá tener poderes, tales como de omnisciencia, la omnivigencia e incluso el de la omnipotencia. El cine, al igual que otras artes, ha dado al muerto vida y, por tanto, capacidad de activar el silencio; al mismo tiempo, es el cine el que ha proporcionado imágenes en movimiento a las palabras y también movimiento en imágenes a los silencios.

En muchas películas un muerto es el narrador de la historia de su vida y de su muerte. Una de las más conocidas es “El crepúsculo de los dioses” (Sunset Boulevard, 1950) dirigida por Billy Wilder. Relata las tripas de las extravagancias, los engaños y las ambiciones de las monstruosidades y la falta de escrúpulos de Hollywood.

La película arranca con la imagen de “Sunset Blvd” escritas en el bordillo de un andén. La imagen recorre el asfalto de la vía y los títulos de crédito se imprimirán en él. Tras ellos, asoman en la lejanía coches y motos de policía y periodistas a toda velocidad con las sirenas resonando. Se acercan y desaparecen de la imagen para volver a retomarlos en circulación en la misma calle. La voz en “off” relata el por qué de esa acción: “Sí, esto es Sunset Boulevard, Los Ángeles, California. Son alrededor de las cinco de la mañana. Es la brigada de homicidios completada con detectives y periodistas. Se ha informado de un asesinato en una de esas grandes mansiones de la manzana 10.000. Podrá leerlo en las últimas ediciones, estoy seguro. Lo escucharán en su radio y lo verán en la televisión porque una vieja estrella está implicada... una de las más grandes”. Todos los vehículos entran en una de las mansiones y aparcan. La voz continúa: “Pero antes de que lo oigan tergiversado y desproporcionado, antes de que esos columnistas de Hollywood pongan sus manos sobre ello, quizás les gustaría escuchar los hechos... toda la verdad. Si es así, han venido al lugar indicado”. Los fotógrafos y los agentes de la seguridad se aproximan a la piscina y observan un cuerpo flotando. La voz prosigue: “Verán, el cuerpo de un hombre joven fue encontrado flotando en la piscina de su mansión, con dos disparos en la espalda y uno en el estómago. Nadie importante, en realidad. Sólo un escritor de guiones con un par de películas de serie B en su haber”.

Nada de lo dicho ni visto hace presagiar que el personaje muerto es el mismo que la del narrador. Mientras vemos al cuerpo flotar desde el interior de la piscina, y tras él a los periodistas y a los policías, escuchamos como la voz juzga al muerto: “El pobre idiota. Él siempre quiso una piscina. Bueno, al final

consiguió su piscina... solo que el precio resultó ser un poco alto”.

La imagen se difumina y la voz nos invita a retroceder seis meses para así conocer cómo empezó todo. Mediante un “flashback”, la voz en “off” pasará de la tercera persona a la primera y justo en ese momento a la voz le adjudicamos un cuerpo vivo, el del personaje de Joe Gillis. Voz de muerto que toma corporeidad a través de la comunicación parlante y la imagen visible.

Wilder ideó un prólogo para la película que fue suprimido tras unos primeros pases del filme antes de su estreno. Comenzaba en un depósito de cadáveres y el cuerpo del difunto Joe Gillis situado junto a otros tantos. Los muertos empezaban a hablar y cada uno de ellos contaba su destino fatídico. Finalmente tomaba la palabra Joe y explicaba su historia. Este posible prefacio fue calificado como inadmisibles.

Billy Wilder deja claro desde un inicio que un muerto es el que contará la historia. La narración, por entera representada en forma de “flashback”, está relatada por Joe y él nos guiará por los hechos que le llevan a ser asesinado. Sabemos que lo dicho no tiene por qué ser lo que exactamente ocurrió, pero sí reconocemos que la voz nos guía tanto por lo que cuenta como por lo que calla. Y mientras la voz se comunica en un decir hablado también lo hará en un decir callando, haciendo uso del silencio. Es a través del contexto película, la imagen más la voz, cuando se puede descodificar lo expresado en los silencios. El muerto de película deja su estatus pasivo para activar una capacidad exclusiva de los vivos.

Lo dicho y lo silenciado por Joe dibuja, a grandes trazos, lo siguiente: su desdicha como guionista sin trabajo; la persecución de la policía por su impago de las letras del coche; la decisión de esconderlo en lo que parece una mansión abandonada; su primer encuentro con la actriz de cine mudo Norma Desmond ahora caída en el olvido; la decisión propuesta por ella de que él corrija el guion que ha escrito mientras convive junto a su sirviente Max; el hecho de que él acceda por dinero pero se vea envuelto en una convivencia turbulenta; su intento fallido de retomar la vida afuera de esa casa junto a Betty (novia de un amigo suyo y ayudante de guion que junto a ella reescribe un texto suyo y de la que se enamora); la decisión de huir de la mansión y de Norma; y, finalmente, volver al inicio, a la piscina, y describir la jauría que se monta alrededor de su muerte y preguntarse qué pasará ahora con Norma y el sueño que la ha envuelto.

Quien cuenta los hechos es un muerto. ¡Lo imposible acontece! Los muertos hablan en el cine y, sin duda, silencian aquello que no desean, no quieren o no **pueden contar**.



La película, El crepúsculo de los dioses arranca con la imagen de “Sunset Blvd” escritas en el bordillo de un andén.